

# Helios

[Poema - Texto completo.]

Rubén Darío

– XII –

Helios

¡Oh ruido divino!,  
¡oh ruido sonoro!  
Lanzó la alondra matinal el trino  
y sobre ese prelude cristalino,  
los caballos de oro  
de que el Hiperionida  
lleva la rienda asida,  
al trotar forman música armoniosa,  
un argentino trueno,  
y en el azul sereno  
con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa.  
Adelante, ¡oh cochero Celeste!, sobre Osa;  
y Pelión, sobre Titania viva.  
Atrás se queda el trémulo matutino lucero,  
y el universo el verso de su música activa.

¡Pasa, oh dominador, oh conductor del carro  
de la mágica ciencia! ¡Pasa, pasa, oh bizarro  
manejador de la fatal cuadriga,  
que al pisar sobre el viento  
despierta el instrumento  
sacro! Tiemblan las cumbres  
de los montes más altos,  
que en sus rítmicos saltos  
tocó Pegaso. Giran muchedumbres  
de águilas bajo el vuelo  
de tu poder fecundo,  
y si hay algo que iguale la alegría del cielo,  
es el gozo que enciende las entrañas del mundo.

¡Helios!, tu triunfo es ése,  
pese a las sombras, pese  
a la noche, y al miedo y a la lívida Envidia.  
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,  
y la negra pereza, hermana de la muerte,

y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,  
y Satán todo, emperador de las tinieblas,  
se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas  
de amor y virtud las humanas conciencias,  
riegas todas las artes, brindas todas la ciencias;  
los castillos de duelo de la maldad derrumbas,  
abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,  
y sobre los vapores del tenebroso Abismo,  
pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo.

¡Helios! Portaestandarte  
de Dios, padre del Arte,  
la paz es imposible, mas el amor eterno.  
Danos siempre el anhelo de la vida,  
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida  
con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

Que sientan las naciones  
el volar de tu carro, que hallen los corazones  
humanos en el brillo de tu carro, esperanza;  
que del alma-Quijote y del cuerpo-Sancho Panza  
vuele una psique cierta a la verdad del sueño;  
que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño  
una realización invisible y suprema;  
¡Helios! ¡Que no nos mate tu llama que nos quema!  
Gloria hacia ti del corazón de las manzanas,  
de los cálices blancos de los lirios,  
y del amor que manas  
hecho de dulces fuegos y divinos martirios,  
y del volcán inmenso  
y del hueso minúsculo,  
y del ritmo que pienso,  
y del ritmo que vibra en el corpúsculo,  
y del Oriente intenso  
y de la melodía del crepúsculo.

¡Oh, ruido divino!  
Pasa sobre la cruz del palacio que duerme,  
y sobre el alma inerme  
de quien no sabe nada. No turbes el Destino,  
¡oh ruido sonoro!  
El hombre, la nación, el continente, el mundo,  
aguardan la virtud de tu carro fecundo,  
¡cochero azul que riges los caballos de oro!